
LA CIENCIA POLÍTICA HOY: NUEVOS DESARROLLOS, PROBLEMAS TEÓRICOS Y DESAFÍOS.

César Cansino

La tarea más urgente y difícil que espera hoy a la ciencia política es analizar y, eventualmente, cuestionar la propia ideología de la política científica, examinando su significado histórico y actual, destacando sus límites y condiciones de practicabilidad, indicando sus posibles líneas de desarrollo.

Norberto Bobbio*

Resumen

Considerando la magnitud de los cambios de fin de siglo, el presente artículo analiza las posibles líneas de desarrollo de la ciencia política. Para el autor es razonable suponer que el cambiante contexto mundial afectará notablemente no sólo los contenidos y paradigmas que han dominado en la disciplina hasta ahora, sino también los patrones de profesionalización e institucionalización. Sin embargo, la evolución de los paradigmas de la ciencia política también tiene que ver con ciertas reglas propias a toda disciplina científica que más que relacionarse con factores coyunturales se originan en la acumulación de conocimientos y en la búsqueda de referentes teóricos.

Abstract

Considering the magnitude of the end-of-century world changes, the present article reflects on the possible lines of development of political science. For the author it is reasonable to suppose that the changing world context will notably affect not just the content and paradigms that have dominated the discipline up to now, but also those patterns of professionalization and institutionalization that have characterized it. Nevertheless the evolution of political science's paradigms also have to do with certain implicit rules for all scientific disciplines that, rather than refer to conjunctural factors, are related to the accumulation of knowledge and the purging of theoretical referents.

* N. Bobbio, "Scienza Politica", en N. Bobbio, N. Mateucci y G. Pasquino (eds.), *Dizionario di Politica*, Turín, UTET, 1983, pp. 1025-1026.

I

La interrogante que nos proponemos dilucidar en este artículo se refiere al efecto que las recientes transformaciones a escala mundial, producto sobre todo de la distensión del bloque comunista de Europa del Este, pueden tener en el desarrollo inmediato y futuro de la ciencia política.

En el lapso de apenas cinco años el género humano ha visto transformaciones en la escena mundial que, en otros tiempos y circunstancias, hubieran implicado ciclos de varias décadas para desarrollarse. El colapso del viejo sistema soviético, el fin de la guerra fría, la revaloración de la democracia y del mercado, la multiplicación de los centros hegemónicos y la reestructuración de la economía-mundo, son tan sólo los cambios visibles de un complejo proceso que escapa a cualquier posibilidad de comprensión global.

Por el momento sólo es posible determinar algunos efectos producto de dichas transformaciones. Así, por ejemplo, el colapso del comunismo replantea no sólo el papel del mundo soviético, sino también los propios presupuestos de la defensa militar y la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El fin de la Guerra Fría se expresa sobre todo en una disminución de los conflictos regionales (Afganistán, Angola, Centroamérica, etcétera) producto de la rivalidad de los superpoderes. La Unión Soviética, como polo hegemónico, cede su lugar a Europa Occidental (en particular Alemania) y a Asia del Este (en particular Japón), con lo que la rivalidad militar se desplaza cada vez más hacia la competencia económica y el intercambio comercial.¹

En términos económicos, el triunfo de la economía de mercado, por una parte, y de las políticas neoliberales, por la otra, configuran un mundo de intercambios y alianzas económicas entre los centros de poder en el cual no parecen tener mayores beneficios los países del Tercer Mundo. En relación con los países de Europa Oriental, que obviamente capturarán los recursos económicos de la Comunidad Europea en el futuro inmediato, los países de América Latina, África y Asia, salvo excepciones, verán agravarse sus problemas de integración económica y desarrollo interno, pues su papel de proveedores de materias primas y de mano

¹ Cfr. A. Ryan, "Socialism for the Nineties", *Dissent*, Nueva York, vol. 37, núm. 4, 1990, pp. 436-443; K. Tester, "The Collapse of Existing Socialism", *Telos*, Nueva York, núm. 83, 1990, pp. 151-161; D. Nelson, "The Soviet Union and Europe", *Telos*, Nueva York, núm. 84, 1990, pp. 124-154.

de obra barata les confiere un lugar claramente subordinado y dependiente en una economía mundial cada vez más automatizada.²

Considerando la magnitud de estos cambios, resulta lógico esperar que su efecto se dejará sentir en mayor o menor medida en todas las esferas del quehacer humano y en todos los subsistemas sociales. Es precisamente en este contexto donde nuestra interrogante inicial cobra sentido. Siendo las ciencias sociales las disciplinas científicas que proporcionan la interpretación más objetiva de las implicaciones de estos cambios, resulta significativo preguntarse en qué medida se verán afectadas en su patrón evolutivo como consecuencia, ya sea de las nuevas condiciones mundiales o de la exigencia de dar cuenta de los muchos fenómenos inéditos que experimentamos en la actualidad.

Más específicamente, nos interesa reflexionar en este artículo sobre el desarrollo posible de la ciencia política, cuya rápida evolución desde los años cincuenta hasta la fecha la convierte en una de las ciencias sociales más importantes. Suponemos de entrada que el cambiante contexto mundial afectará sensiblemente no sólo a los contenidos y paradigmas dominantes hasta ahora dentro de la disciplina, sino también a los patrones de profesionalización e institucionalización que la han caracterizado. Obviamente, dicho efecto sólo puede establecerse diferencialmente por cuanto la disciplina muestra estadios de desarrollo muy diversos de un país a otro o de una región geográfica a otra. Asimismo, en un análisis de este tipo, es necesario ser cuidadosos en evitar adjudicar todos los cambios en la disciplina al contexto de referencia, por cuanto la evolución de los paradigmas dentro de la ciencia política tiene que ver también con ciertas reglas implícitas a toda disciplina científica que, más que referirse a factores coyunturales, tienen relación con la propia acumulación de los saberes y la depuración de sus referentes teóricos.

² En otros trabajos me he ocupado de las transformaciones que es posible advertir en América Latina como producto de las actuales condiciones mundiales. Véase C. Cansino y V. Alarcón, "América Latina: ¿Renacimiento o decadencia?", *La Jornada Semanal*, México, núm. 188, 17 de enero de 1993, pp. 41-45; de los mismos autores, "América Latina en el tiempo europeo", *Política* (Suplemento de *El Nacional*), México, núm. 146, febrero de 1992, pp. 15-18. Véanse también J.G. Castañeda, "Latino-américa y el final de la guerra fría", *Nexos*, México, vol. 13, núm. 153, 1990, pp. 31-43; L. Díaz Müller, "Latinoamérica a la hora de Europa", *La Jornada Semanal*, México, 26 de agosto de 1990, pp. 37-44.

II

Para proceder con este análisis consideraremos dos aspectos centrales: 1) las diferentes etapas evolutivas de la ciencia política y 2) las diferentes áreas definitorias de la ciencia política.

Respecto al primer punto, podemos establecer diferentes etapas de desarrollo de la ciencia política a partir de cuando menos dos aspectos: a) el nivel de autonomía de la ciencia política respecto a otras disciplinas, y b) el grado de institucionalización de la disciplina.

El nivel de *autonomía* se refiere sobre todo a si la reflexión de la realidad política ha alcanzado o no un *status científico*; es decir, si la ciencia política se ha convertido en el "monopolio" del discurso especializado (científico) sobre lo político, siendo reconocida como *autónoma* respecto a otras disciplinas (sociología, filosofía, historia, etcétera). Por *status científico* entiendo simplemente el estudio o investigación de los diferentes aspectos de la realidad política con las metodologías propias de las *ciencias empíricas*.³ Las diferentes etapas de la ciencia política pueden ser establecidas así por la mayor o menor *autonomía* alcanzada por la disciplina.

En lo que respecta a la *institucionalización* de la disciplina, nos referimos simplemente a si la ciencia política ha alcanzado un lugar en la vida académica del país, lo cual se determina por la existencia o no de publicaciones especializadas, licenciaturas y posgrados, institutos de investigación, etcétera.⁴

Considerando el nivel en que se presentan estos dos aspectos podemos establecer cuando menos cuatro etapas evolutivas de la disciplina: 1) precientífica, 2) baja institucionalización, 3) alta institucionalización pero en busca de su autonomía, y 4) consolidada.

Ahora bien, si deseamos determinar el efecto de las transformaciones mundiales actuales en el desarrollo de la ciencia política, debemos establecer previamente para cada contexto nacional o área geográfica el estadio en el que se encuentra la disciplina (véase el esquema 1). De

³ N. Bobbio, *op. cit.*, p. 1021.

⁴ De acuerdo con L. Graziano, la ciencia política es un campo de estudio que ha encontrado una institucionalización más o menos completa en la división del trabajo académico según recorridos temporales y diversos de un país a otro. Las dimensiones que para este autor definen la evolución de la ciencia política son el desarrollo teórico y la institucionalización académica. L. Graziano, Introducción a L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *Fra Scienza e professione. Saggi sullo sviluppo della scienza politica*, Milán, Franco Angeli, 1991, p. 8.

acuerdo con una revisión muy somera de la literatura existente sobre el tema, podríamos establecer la siguiente clasificación tentativa:⁵

a) La ciencia política empírica conoce sus mejores desarrollos en Estados Unidos, Canadá y en algunos países de Europa Occidental, tales como Italia, Inglaterra, Alemania, Francia y, de manera más reciente, España. En todos estos casos la ciencia política ha logrado plena autonomía y en conjunto concentran alrededor de 90 por ciento de la producción mundial en la disciplina.

b) En un estadio inferior deben colocarse el resto de los países de Europa Occidental, varios países de América Latina (México, Brasil, Argentina, Chile, Uruguay), así como los casos de Israel, Japón, India y Australia. En todos estos países la ciencia política ha conocido importantes desarrollos; el nivel de institucionalización es elevado y existen aportaciones originales a la disciplina. En contrapartida, no puede afirmarse que la ciencia política haya alcanzado aquí plena autonomía, pues aún se debaten su científicidad y especificidad.

c) Los países donde la ciencia política empírica ha conocido algún nivel de profesionalización, pero carece casi por completo de *status*

⁵ Para el caso de Estados Unidos véanse D. Easton, "Political Science in the United States. Past and Present", *International Political Science Review*, vol. 6, núm. 1, 1985, pp. 133-152; A.W. Finifter (ed.), *Political Science: The State of the Discipline*, Washington, American Political Science Association, 1983; G. Almond, *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park, Cal., SAGE, 1990. Para el caso de Canadá véanse J.E. Trent, "Factors Influencing the Development of Political Science in Canada: A Case and a Model", *International Political Science Review*, vol. 8, núm. 1, 1987, pp. 9-24. Para el caso de Europa Occidental véanse R. Rose, "Institutionalizing Professional Political Science in Europe. A Dynamic Model", *European Journal of Political Science*, núm. 18, 1990, pp. 581-603; D. McKay, "Why is there a European Political Science?", *ECPR News*, marzo de 1990, pp. 29-31. Para mayor información por países véanse L. Morlino, "Political Science in Italy: Tradition and Empiricism", *European Journal of Political Research*, núm. 20, 1991, pp. 241-258; E.C. Page, "British Political Science and Comparative Politics", *Political Studies*, vol. 38, 1990, pp. 438-452; J. Leca, "La scienza politica in Francia. Alcune riflessioni sull'organizzazione intellettuale della disciplina in rapporto al suo contesto storico e sociale", en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 17-62; H. Kastendiek, "Political Development and Political Science in West Germany", *International Political Science Review*, vol. 8, núm. 1, 1987, pp. 25-40; J.M. Vallés, "La ciencia política en la España contemporánea: una veduta d'insieme", en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 143-169; D. Anckar, "Political Science in the Nordic Countries", *International Political Science Review*, vol. 8, núm. 1, 1987, pp. 73-84. En lo que respecta a América Latina véanse M.C. Guiñazú y M.A. Gutiérrez, "Political Science in Argentina: from Instability to Transition", *Bulletin. The Canadian Political Science Association*, vol. 20, núm. 2, Laval University, Quebec, mayo de 1991; C. Cansino, R. Maggi, H. Zamitiz (comps.), *La ciencia política en México. Estado actual y perspectivas*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1986; B. Lamounier (ed.), *A Ciência Política nos Anos 80*, Brasília, Universidade de Brasília, 1982. En lo que se refiere a Europa del Este véase J. Tarkowski, "Ciencia política y sociología: due diverse risposte alla crisi polaca (1980-1987)", en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 231-264. Para el caso de África véase A. Jinadu, "La scienza politica nell'Africa anglofona: contesto e logica di sviluppo in prospettiva storica", en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 301-329.

científico son sobre todo los de Europa del Este, el resto de los países de América Latina, buena parte del Medio Oriente y de Asia.

d) Finalmente, la ciencia política se encuentra en una fase precientífica o simplemente no existe en prácticamente todo el continente africano y en algunos países de Asia.

Pero si nos interesa ver las variaciones específicas en el desarrollo de la disciplina para cada contexto, es necesario distinguir el segundo aspecto sugerido antes: las diferentes áreas definitorias de la ciencia política.

Figura 1
Las etapas evolutivas de la ciencia política
por áreas geográficas hasta 1990



III

Para fines de la exposición sugiero considerar las siguientes tres áreas definitorias de la ciencia política: a) contenidos y temáticas, b) paradigmas dominantes y c) concepción de la ciencia política.

Nuestra hipótesis explicativa sobre este punto puede plantearse en los siguientes términos: el efecto de las transformaciones mundiales actuales en el desarrollo de la ciencia política será mayor, cuanto mayores sean las variaciones que presenten cada una de estas áreas en cada contexto nacional.

Para comenzar con la primera de las áreas señaladas, es decir, los contenidos y temáticas de la ciencia política, es posible advertir grandes transformaciones a escala mundial, incluyendo a Europa del Este. Re-

cientemente, Carole Pateman, actual presidente de la Asociación Internacional de Ciencia Política, ha exhortado a la comunidad politóloga a "construir una nueva ciencia política para un nuevo mundo". Entre el elenco de las nuevas temáticas que ya ocupan el interés de un creciente número de politólogos, Carole Pateman señala las siguientes: las transformaciones y consecuencias de los sistemas políticos; las condiciones para la democracia y el desempeño democrático (nuevos *cleavages* sociales, problemas de la modernización, etcétera); la política económica y su impacto social; la integración económica, el nuevo orden económico y el papel del Estado; las posibilidades de un Estado global; las transiciones poscomunistas, etcétera.⁶

De acuerdo con lo anterior, la ciencia política muestra en la actualidad un renovado interés por la *política comparada* y la *macropolítica*. Ello es importante ya que la tendencia dominante en la ciencia política empírica la había llevado, en virtud del rigor científico y el culto al dato, a los terrenos de la especialización y parcialización extremas, por no hablar de la creciente trivialidad o irrelevancia de muchos de sus temas.⁷ Pero de ser así, la ciencia política deberá volver a discutir sus presupuestos de base y definir sus propias fronteras respecto a la teoría política, la filosofía política y otras ciencias sociales. De ello nos ocuparemos más adelante.

Pero quizá más importante que este primer aspecto es identificar cómo las actuales transformaciones mundiales afectan a los paradigmas dominantes de la ciencia política en cada contexto nacional.

Sin embargo, para evitar confusiones, conviene advertir previamente algunas características propias de los paradigmas dominantes en las ciencias sociales. Siguiendo a Thomas S. Kuhn, quien ha desarrollado el análisis más sólido sobre este tema, un paradigma define una etapa o un estadio de una ciencia. En ese sentido, el paradigma constituye un conjunto particular de ideas filosóficas, teorías científicas y normas meto-

⁶ C. Pateman, "A New Democratic Theory? Political Science. The Public and the Private", ponencia presentada en el XV IPSA World Congress, Buenos Aires, 21-25 de julio de 1991.

⁷ En un texto reciente, Lawrence C. Mayer advierte algunas de las implicaciones negativas de haber abandonado los estudios comparados en favor de los estudios de aspectos cada vez más específicos. De igual modo, son sugerentes sus observaciones sobre cómo es posible y por qué es deseable superar las contradicciones y límites característicos de este sector de investigación dentro de la ciencia política. L. C. Mayer, *Redefining Comparative Politics. Promise versus Performance*, Newbury Park, Cal., SAGE, 1989. Sobre este punto véanse también G. Sartori, "Dove va la Scienza Politica?", en L. Graziano (ed.), *La Scienza Politica in Italia. Bilancio e prospettive*, Milán, Franco Angeli, 1984, pp. 98-114; J. Lane y S. Ersson, "Comparative Politics: From Political Sociology to Comparative Public Policy", en A. Leftwich (ed.), *New Developments in Political Science. An International Review of Achievements and Prospects*, Aldershot-Vermont, Edward Elgar & Gowe, 1990, pp. 61-81.

dológicas que predominan en un estadio de una ciencia o de varias ciencias y que lo distingue de otros.⁸ Sin embargo, esta interpretación presenta algunas dificultades cuando lo que se considera son las ciencias sociales. En el modelo de “ciencia normal” de Kuhn (periodo en el que los académicos están intensamente ocupados en la tarea de la “articulación paradigmática”), la acumulación de datos para apoyar el paradigma dominante convencionalmente aceptado, es tan engañosa como su imagen contraria de “revolución científica”. En efecto, las ciencias sociales no están dominadas por un solo paradigma, y nuevas teorías modifican —si no es que sustituyen por completo— las viejas. Para el caso de las ciencias sociales, la “ciencia normal” no es necesariamente estática en lo teórico, como lo implica el modelo de Kuhn, sino que con frecuencia está caracterizada por reducciones incrementales en los residuos inexplicables y por refinamientos en las teorías existentes.⁹

En ese sentido, los avances o cambios recientes en el análisis de los aspectos políticos no necesariamente tienen que ver con lo que Kuhn define como “revolución científica”, sino que con frecuencia constituyen avances mucho más modestos en la comprensión de estos fenómenos que buscamos entender. Tienen que ver más con este último interés que con la búsqueda explícita de nuevas y fuertes rupturas teóricas.

Considerando este aspecto según los diferentes contextos nacionales, podemos observar diferencias interesantes. Así, por ejemplo, mientras que en Estados Unidos y en Europa Occidental, es decir, allí donde la ciencia política ha logrado consolidarse, no existe un paradigma dominante y parece que la llamada por David Easton “etapa poscomportamentista” (es decir, una etapa dominada por el cuestionamiento de los enfoques tradicionales de la ciencia política empírica, pero también por un amplio pluralismo teórico y metodológico)¹⁰ continuará aún por largo tiempo, en los países de Europa del Este y en otros contextos nacionales (presumiblemente México, Brasil, Argentina y otros países latinoamericanos), donde el marxismo llegó a ser la concepción del mundo domi-

⁸ T.S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1962. Véase también R. Farfán, “La repercusión de los conceptos de ‘paradigma’ y ‘ciencia normal’ de Thomas S. Kuhn en las ciencias sociales”, *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, vol. 3, núms. 7/8, mayo-diciembre de 1988, pp. 45-86.

⁹ Cfr. L.C. Mayer, *op. cit.*, pp. 291-292. Véanse también R. Inglehart, “Changing Paradigms in Comparative Political Behavior”, en A.W. Finifter (ed.), *op. cit.*, pp. 429-469; W.J. Bluhm, “Introduction: A Call for Paradigm Synthesis”, en W.J. Bluhm (ed.), *The Paradigm Problem in Political Science. Perspectives from Philosophy and from Practice*, Durham, Carolina Academic Press, 1982.

¹⁰ D. Easton, *op. cit.*, pp. 140-145.

nante entre los científicos sociales al grado de entorpecer el desarrollo de otras perspectivas, se vive en la actualidad un verdadero vuelco ideológico y, en consecuencia, teórico.

En el caso de estos últimos países podemos observar un claro intento por incorporar en la ciencia política local metodologías más empíricas y sofisticadas, elaboradas originalmente en Estados Unidos y en Europa. Así, por ejemplo, en países como México o Brasil existe hoy más lugar que en el pasado, tanto para las metodologías funcionalistas, así como para las perspectivas racionalistas (*v.gr.* teoría de juegos, elección pública, etcétera), no obstante que las difíciles condiciones económicas de estos países frenan o retardan la evolución de las metodologías y técnicas más refinadas. Con todo, el nuevo interés en estas perspectivas largamente ausentes en estos países así como el menor prejuicio en torno a ellas, nos permite predecir que el fin del marxismo como paradigma dominante en la práctica será importante para avanzar en la *autonomía* de la ciencia política y, en consecuencia, en su consolidación.

En efecto, en virtud de la fuerte influencia del materialismo histórico la ciencia política en los países en desarrollo, y sobre todo en América Latina, se perdió en la interdisciplinariedad, por lo que cuestiones como el papel de la política, el poder y el Estado fueron reducidas a aspectos secundarios y dependientes de factores socioeconómicos. En el futuro, una de las tareas de la ciencia política en estos países es precisamente generar un entendimiento comparativo sustancial del papel de la política en el desarrollo.¹¹

En lo que respecta a los países de Europa del Este, en un artículo reciente Gabriel A. Almond documenta la apertura de los rusos hacia los métodos y técnicas originadas por la ciencia política estadounidense y europea. Esta tendencia parece hoy irreversible.¹²

A ello debe añadirse la existencia de mejores condiciones estructurales para el desarrollo de la investigación politológica en varios de estos países. En efecto, considerando que existe una relación estrecha entre "campo científico" y "campo político", cabe esperar que la democratización gradual de Europa del Este permitirá una reflexión de la política más autónoma o menos comprometida con la élite en el poder y menos mediada por los principios ideológicos del régimen.¹³

¹¹ Véase A. Leftwich, "Politics and Development Studies", en A. Leftwich (ed.), *op. cit.*, p. 82.

¹² G. Almond, "The Nature of Contemporary Political Science", *PS. Political Science and Politics*, vol. 23, núm. 1, marzo de 1990, pp. 34-35.

¹³ Sobre el problema de las mediaciones entre ciencia y poder véanse: L.W. Pye, "Political Science and the Crisis of Authoritarianism", *American Political Science Review*, vol. 84, núm. 1.

En el caso de los países que aún no conocen un desarrollo de la ciencia política o donde la reflexión de lo político se encuentra en un estadio precientífico (presumiblemente África y buena parte de Asia y de Oriente Medio), el tipo de problemas es otro. Como señalan J. Gunnell y D. Easton, el principal problema aquí parece ser cómo afirmar una ciencia política más vinculada con sus problemas políticos, pues la incorporación de paradigmas externos parece estar divorciada de sus problemas locales; es decir, se realiza un balance crítico de su aplicabilidad y utilidad. En efecto, el imperialismo de las ideas puede dominar tan profundamente la ciencia política local en países donde está menos desarrollada, al grado de hacer que prácticas de investigación teórica y empírica inadecuadas para la sociedad receptora suplanten a las que se estaban formando localmente.¹⁴

Es posible extraer una primera conclusión de lo expuesto hasta aquí: al modificarse estas áreas de la ciencia política como resultado de las transformaciones mundiales actuales, es posible prever también cambios sustanciales en la profesionalización de la disciplina ahí donde todavía muestra desarrollos insuficientes, pero sobre todo en América Latina y en Europa del Este.

Pero quizá el análisis más útil para observar la relación entre las actuales transformaciones y la ciencia política consiste en determinar en cada contexto nacional si la ciencia política ha visto modificaciones en su propia concepción o forma de entenderse.

IV

Sobre esta última área definitoria de la ciencia política sólo puedo mencionar aquí lo que parece una tendencia dominante, sobre todo en Estados Unidos y en algunos países europeos.

Siguiendo a David Easton, la ciencia política en Estados Unidos ha pasado en los últimos tiempos por dos momentos de desarrollo que la obligan en la actualidad a redefinir su propia concepción: *a*) una fase de crisis del programa original de la disciplina, tal y como se sustentó en la

marzo de 1990, pp. 3-19; J. Gunnell y D. Easton, "Lo studio dello sviluppo della scienza politica: risultanze e direzioni di ricerca", en L. Graziano, D. Easton y J. Gunnell (eds.), *op. cit.*, pp. 337-338.

¹⁴ J. Gunnell y D. Easton, *op. cit.*, p. 335.

segunda posguerra, y b) una etapa de crítica posempírica de la ciencia política.¹⁵

Como es sabido, el programa original de la ciencia política fue delimitado por la corriente comportamentista, con base en los siguientes principios originados en el neopositivismo: a) explicaciones basadas en leyes generales, b) objetividad y neutralidad valorativa, c) métodos cuantitativos y estadísticos, d) sistematicidad y acumulación teórica. Posteriormente, dadas las elevadas expectativas de cientificidad que estos principios implicaban y su impracticabilidad real en el campo de las ciencias sociales, surgieron importantes críticas a la ciencia política tanto desde dentro como desde fuera de la disciplina. Así, por ejemplo, se puso en evidencia que las ciencias sociales tienen una idea de progreso menos clara que la que existe en las ciencias exactas; es decir, muchas de sus teorías no sugieren avance o acumulación teórica. En segundo lugar, estas disciplinas se ven atravesadas por componentes normativos propios de las *visiones del mundo* que no pueden ser neutralizadas, sino que se filtran en las tradiciones de investigación, condicionando las propias teorías. Finalmente, en las ciencias sociales no existen leyes en el sentido fuerte del término, es decir, proposiciones que estipulen relaciones (condicionamientos) invariantes, de validez universal, sino sólo proposiciones que atestiguan regularidades inductivas, generalizaciones empíricas, delimitadas en el tiempo y en el espacio. A ello debe añadirse que la ciencia política no dispone de un cuerpo teórico común y aceptado por todos ni de una concepción única de la explicación científica o de la racionalidad propia de los fenómenos políticos, ni mucho menos de una sola modalidad de control de las teorías.¹⁶

Ciertamente, el debate en torno a la cientificidad de las ciencias sociales está lejos de haberse agotado. En todo caso, lo que nos interesa subrayar aquí es que después de estos dos momentos de desarrollo de la

¹⁵ D. Easton, *op. cit.*, pp. 133-152.

¹⁶ Entre los principales politólogos que en su momento advirtieron los límites de la ciencia política empírica pueden señalarse G. Almond, "Clods, Clocks, and the Study of Politics", en G. Almond, *A Discipline...*, *op. cit.*, pp. 32-65 (la primera publicación de este ensayo data de 1977); C.E. Lindblom, "Still Muddling, not yet Trough", *Public Administration Review*, noviembre-diciembre de 1979; D. Easton, *op. cit.* Un recuento de los principales cuestionamientos al programa original de la ciencia política empírica puede encontrarse en D. Zolo, *La democrazia difficile*, Roma, Editori Riuniti, 1989, pp. 46-68. Una crítica más reciente puede encontrarse en P.G. Cerny, *The Changing Architecture of Politics*, London, SAGE, 1990. Según este autor, el estudio sistemático de la política sufre de una profunda ambigüedad y esquizofrenia: la conceptualización teórica de cómo trabajan las instituciones políticas y de su efecto está muy subdesarrollada. De acuerdo con ello, nos encontramos en una pobre situación para entender las estructuras y evaluar los recientes cambios estructurales en política, economía y sociedad que serán relevantes en el siglo XXI.

ciencia política, parece ganar cada vez mayor consenso la idea de debilitar o hacer flexibles las fronteras tradicionales de la ciencia política y de la filosofía política, para superar así la llamada “tragedia” de la ciencia política, según una conocida interpretación.¹⁷

Para algunos autores, las diferencias entre la ciencia política y la filosofía política son tan sólo aparentes o de grado: ambas disciplinas tratan de estudiar la realidad política; ambas están involucradas con juicios de valor; ambas trabajan con teorías y evidencias empíricas; etcétera.¹⁸ En este orden de ideas, se sostiene que con el debilitamiento de las fronteras existentes entre estas dos disciplinas, la ciencia política tradicional y con pretensiones de *hard science*, empeñada hasta ahora en alcanzar el *conocimiento objetivo* de la vida política, puede superar su limitada atención a los problemas más globales o de macropolítica. Asimismo, al tornarse flexible la idea tradicional de la neutralidad valorativa, la ciencia política puede enfrentar mejor los problemas cruciales de nuestro tiempo, como la crisis de las instituciones democráticas, el papel del Estado en las cuestiones sociales, etcétera.

Una posición menos radical hablaría simplemente de la necesidad de una mayor comunicación entre la ciencia política y la filosofía política. Desde esta perspectiva, la filosofía política, entendida como toda reflexión sobre el fenómeno político que no se limita a estudiar el comportamiento “observable” de los actores políticos y el funcionamiento de los sistemas políticos, sino que también problematiza los medios, fines y sentido de la experiencia política, procuraría a la ciencia política las visiones de la política (o, de manera más general, del hombre, de la sociedad o de la historia) que son el presupuesto de cualquier investigación en ciencias sociales. Por otra parte, la filosofía política permite al politólogo adquirir una mayor conciencia sobre las categorías filosófico-políticas empleadas en lugar de otras. Por su parte, la ciencia política ofrece a la filosofía política una ayuda nada desdeñable derivada de lo que las explicaciones causales permiten para la reflexión filosófica. Por otra parte, los conocimientos causales que produce la ciencia política pueden convertirse en el soporte o simplemente en el refuerzo de la

¹⁷ Nos referimos al libro de D.M. Ricci, *The Tragedy of Political Science*, New Haven, Yale University Press, 1985. De acuerdo con esta interpretación, la ciencia política en Estados Unidos parece incapaz de producir un “conocimiento político” efectivo precisamente por su empeño en alcanzar un conocimiento cierto y absolutamente preciso —“científico”— de la vida política. Este hecho desvía simultáneamente al politólogo de los temas cruciales de la sociedad en la que vive, como la crisis de las sociedades democráticas, pues estos temas no pueden ser enfrentados seriamente por quien hace de la neutralidad política su propio hábito profesional.

¹⁸ Véase, por ejemplo, D. Zolo, *op. cit.*, pp. 61-68.

plausibilidad de las teorías políticas. Son precisamente las teorías empíricas las que proporcionan los conocimientos causales indispensables a las teorías políticas, mediante las cuales buscamos comprender el sentido de una fase histórica, de una época, y de influir, mediante su circulación, el espíritu público de la sociedad en que vivimos.¹⁹

En una línea cercana a la anterior, Gabriel Almond ha subrayado recientemente la necesidad de arribar a un lugar de encuentro entre los diferentes sectores y escuelas involucradas en la reflexión de la política, independientemente de su origen más o menos científico, a fin de integrarlas y garantizar la acumulatividad de los saberes producidos. Dicho lugar de encuentro no es otro que la teoría política o, para decirlo con la propia metáfora empleada por Almond, la "cafetería de enmedio" que abastece a las diferentes "mesas separadas" dentro de la disciplina.²⁰

Esta pretensión, sin embargo, parece francamente lejana de la realidad. En la práctica, los sectores más cuantitativos, empíricos o racionalistas de la ciencia política y que han mostrado un impresionante desarrollo en Estados Unidos en fechas recientes consideran que la verdadera ciencia política apenas está naciendo y que todavía nos encontramos en la prehistoria de la disciplina.²¹ Con esta posición, parece cancelada de antemano la comunicación entre los diferentes sectores de la ciencia política.

Lo paradójico es que por esta última vía, lo que la ciencia política gana en rigurosidad lo pierde en autonomía, pues es de sobra conocido que el tratamiento de lo político operado por la mayoría de estos sectores científicamente "duros" parte primordialmente de la incorporación de métodos y asunciones provenientes de la economía; es decir, de aquella disciplina social que en términos científicos ha conocido los avances más

¹⁹ N. Bobbio, "Per un mappa della filosofia politica", en D. Fiorot (ed.), *La filosofia politica oggi*, Turín, G. Giappichelli Editori, 1990, pp. 5-23.

²⁰ G. Almond, *A discipline Divided...*, op. cit., pp. 13-31. Véanse también H. Eckstein, "A Comment on Positive Theory", *PS. Political Science and Politics*, vol. 22, núm. 1, marzo de 1989, p. 77; M.T. Gibbons, "Political Science, Disciplinary History and the Theoretical Pluralism: A Response to Almond and Eckstein", *PS. Political Science and Politics*, vol. 23, núm. 1, marzo de 1990, pp. 44-46; J. Gunnell, "Political Theory. The Evolution of a Sub-Field", en A.W. Finifter (ed.), op. cit., pp. 3-45.

²¹ Con esta idea surgieron trabajos tan importantes como: W. Riker y P. Ordeshook, *An Introduction to Positive Political Theory*, Engelwood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1973; J. Buchanan, *The Economics of Politics*, West Sussex, Institute of Economic Affairs, 1978; J. Ferejohn, B. Cain y M. Fiorina, *The Personal Vote*, Cambridge, Harvard University Press, 1987. Dos análisis muy ilustrativos del conjunto de presupuestos de este sector de la ciencia política pueden encontrarse en: T. Moe, "On the Scientific Status of Rational Choice Theory", *American Journal of Political Science*, vol. 23, núm. 1, 1979; G. Almond, "Rational Choice Theory and the Social Science", en G. Almond, *A Discipline Divided...*, op. cit., pp. 117-136.

consistentes. No por casualidad, muchos de los investigadores identificados con esta corriente gustan de ser ubicados bajo el rubro de “análisis económico de la política”.

¿Cómo está cambiando entonces la concepción dominante de la ciencia política? Personalmente, considero que no debe echarse en saco roto la exhortación de Almond y de otros politólogos identificados primordialmente con la primera etapa de la ciencia política empírica. Así, no obstante que un núcleo importante dentro de la disciplina se aleja de sus antecesores para caminar hacia el perfeccionamiento de metodologías y de técnicas de investigación cuantitativa altamente complejas, la única vía que permite avanzar hacia una nueva ciencia política para un nuevo mundo, es decir, una ciencia política capaz de ofrecer explicaciones coherentes de los actuales fenómenos globales inéditos, es el de la complementariedad interdisciplinaria y la comunicación y el pluralismo teórico intradisciplinario. Éstas son, pues, las dos posiciones en disputa. Huelga decir que el futuro de la ciencia política depende mucho de la concepción de la disciplina que alcance el mayor consenso en el corto plazo.

Hasta aquí sólo hemos sugerido algunos elementos metodológicos para determinar el efecto de las actuales transformaciones mundiales en la ciencia política, pero es igualmente importante discutir cuál podría ser o debería ser (y bajo qué condiciones) el efecto de la ciencia política en el rumbo o dirección que pueden seguir tales transformaciones. A ello destinaré mis comentarios finales.²²

V

Cada fin de siglo ha buscado exorcizar sus defectos, abandonar sus mitos. Nuestra centuria no escapa a este propósito. Sin embargo, definir qué debemos eliminar y qué podemos conservar para ser transmitido a las generaciones posteriores es objeto de ardientes disputas. Todos intentan concordar en que las ideologías de viejo cuño han sido las grandes perdedoras y que comenzamos a incursionar dentro de un incierto caldo de cultivo, donde se combinan los triunfantes, pero peligrosos nacionalismos, que procuran reagrupar identidades culturales perdidas, así como

²² Para este inciso retome algunas partes de: César Casino y Victor Alarcón, *op. cit.*

los fundamentos con que los hombres pretenden seguir reconociéndose dentro de la propia historia.²³

Lo anterior deja en un grave predicamento a otro gran referente dinamizador del pensamiento humano: definir el modelo político mundial que podría regir en el ya inminente siglo XXI. Pero, ¿cómo reflexionar en torno a ello, cuando ahora los valores y los conceptos parecen decir tan poco a muchos? Hay incluso quien argumentaría que la necesidad de construir "teorías" sólo ha regresado en ámbitos muy restringidos, particularmente dentro de las sociedades donde el tiempo "largo" puede darse el lujo de seguir considerando la intervención de la ética como un componente superpuesto al vertiginoso desarrollo con que simultáneamente se da el "tiempo rápido" dentro de las sociedades poscapitalistas.²⁴ Es evidente, entonces, que al tiempo que las necesidades vitales se constriñen al "tiempo rápido", disminuye en significación el interrogarse sobre cuestiones tales como la esencia de lo político.

En ese sentido, pese a la globalización lograda, el siglo XX fenecce mostrando un mundo muy vulnerable respecto a la imagen que de sí mismo logra tolerar frente al espejo de los acontecimientos. Los costos de la libertad y de la democracia aún siguen confrontándonos en todos los órdenes, además de obligarnos a tener que sopesar dichos preceptos por encima de las exigencias siempre insatisfechas de justicia e igualdad.

Sin embargo, acortar estas distancias debe ser el compromiso por enfrentar durante el próximo siglo, no sólo que podamos hacernos de los instrumentos tecnológicos o financieros, sino que tal empresa pueda lanzarse por medio de un pensamiento "fuerte" y significativo, capaz de entender la dura densidad particularizante en que se mueven ahora nuestros comportamientos colectivos, sea tanto en su dimensión estrictamente política como en un espacio social más amplio.

Las razones antes expuestas nos llevan a reflexionar, aunque aquí sólo esbozemos algunos rasgos, sobre cuáles pueden ser las nuevas fronteras que sigan haciendo útiles a la ciencia política en general y a la teoría política en particular como medios de conocimiento e información.

Un primer acercamiento hacia este diagnóstico es que la teoría política debe recuperar un sentido integral, bajo premisas flexibles, para dar

²³ En este punto parece coincidir tanto en los análisis de gente tan disímbola como Zbigniew Brzezinski: "Nacionalismo poscomunista", *Política Exterior*, Madrid, vol. 6, núm. 15, 1990, pp. 137-16; o Jürgen Habermas, *Conciencia histórica e identidades nacionales y posnacionales*, Madrid, Tecnos, 1989, pp. 83-109.

²⁴ Cfr. Q. Skinner, "Introduction: The Return of Grand Theory", en Q. Skinner (ed.), *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 1-13.

contenido a los conceptos. La expansión de significados sobre un vocabulario aparentemente común nos arroja cada vez más a terrenos que exigen una irrefrenable preparación interdisciplinaria. En cierta forma, una respuesta promisoría es que se están dando ya las bases que conducirán a la edificación de “teorías concretas”, cuyo carácter compacto permita “vincular” más que “explicar” procesos de la propia vida cotidiana.²⁵ En buena medida, esta postura constituye un ajuste de cuentas con la tradicional corriente que nos habla de la “gran teoría general”, donde se trata de reducir cualquier concepto a significados unívocos e inmutables.

Además, debe considerarse a las interpretaciones que nos hablan de una teoría en proceso de abandono, en tanto se pondera que justamente el vacío de significación del vocabulario político da pauta a una continua desconstrucción y pérdida de identidad sobre la utilidad propia de dicho conocimiento.²⁶ Así, más que llamar a la preservación, el argumento descrito alrededor de esta corriente es que la teoría política irá desapareciendo en aras de ceder su lugar a un intuicionismo cada vez más pragmático.

Teoría pura, teoría reducida—o redimensionada—y teoría en extinción. He aquí el dilema primordial que enfrenta esta parcela del conocimiento humano. En lo personal, apostamos por ahora a la posibilidad de que la teoría política pueda preservar su carácter con el enfoque de tipo “concreto”. Y lo creemos sobre la base de que las sociedades evolucionan combinando sus tiempos y exigencias, por lo que los propios individuos tendremos la obligación de mejorar o desechar conceptos en la medida en que los necesitemos. Pero al margen del curso de los acontecimientos, la teoría política no puede renunciar al principio de búsqueda, ni tampoco debe insistir en sólo mirar hacia atrás, en términos de proteger la validez de un pensamiento propio bajo el manto de los “gigantes” o apelando a la historia, tendencias que suelen conferir una errónea adscripción conservadora a la disciplina.²⁷

²⁵ Cfr. G. Pasquino, “Alla ricerca della teoria politica in Scienza Politica”, *Teoria Politica*, vol. 1, núm. 2, 1985, pp. 153-166.

²⁶ Son de sobra conocidas las apreciaciones al respecto de G. Sartori. Véanse, por ejemplo, G. Sartori, F. Riggs y H. Teune, *Tower of Babel. On the Definition and Analysis of Concepts in the Social Science*, Pittsburg, International Studies Association, 1975; G. Sartori, “Guidelines for Concept Analysis”, en G. Sartori (ed.), *Social Science Concepts. A Systematic Analysis*, Beverly Hills, SAGE, 1984, pp. 15-72. Puede consultarse también mi trabajo: C. Cansino, “Discutiendo a Sartori”, *La Jornada Semanal*, México, núm. 42, 1990, pp. 17-24.

²⁷ Cfr. D. Miller, “The Resurgence of Political Theory” *Political Studies*, vol. 38, 1990, pp. 421-437; D. Zolo, *op. cit.*, pp. 65-68.

En este mismo sentido, también nos hemos podido dar cuenta de que la teoría política ha ido disminuyendo su carácter hipotético en aras de perseguir un cuestionable espíritu pseudoartístico, de corte fenomenológico. Así, la teoría política se parece más a un ejercicio literario en cuyas descripciones no se denotan soluciones de fondo, llegándose sólo a un nivel meramente contemplativo. Válido quizá, pero insuficiente.

Igualmente, la carencia de profundidad propositiva mostrada por la teoría política en los tiempos recientes lleva a pensar que su dimensión imaginativa se ha venido relegando, para así convertirse en una suerte de "vara virtuosa" que se moldea mediante costos y beneficios funcionales. De esa manera, llegamos al otro extremo de la cadena, en tanto que la simpleza de los hechos no puede sustituir el alma de las formas.

Huelga decir que la teoría política debe marcar sus nuevas fronteras a partir de atacar un hecho poco advertido, pero peligroso en cuanto causa del actual estado endémico que guarda esta disciplina: la falta de diálogo. En esa medida, se deben hacer flexibles los límites y forzar la comunicación donde los "pares" se reconozcan para reestablecer el nivel de lo óptimo, con objeto de erradicar la medrosidad de las anteojeras con que actualmente se mide la transmisión del conocimiento. La teoría política, y esto es una cuestión que debería ser revalorada más a fondo, no tiene por qué estar reñida o extraviada respecto del gran público. La teoría debe salir a la calle.

Las verdaderas escuelas de pensamiento se han adiestrado a partir de confrontar las ideas, ya que, como costumbre bien entendida, cualquier teoría, disciplina o individuo que se encierra en sí mismo, indefectiblemente acelera el camino de su muerte.